

ESPIRITUALIDAD CRISTIANA Y PERSONA HUMANA

Darío Mollá Llácer sj

1. ¿De dónde venimos?...

“El hombre es creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima...” (San Ignacio de Loyola, “Principio y Fundamento” en “Ejercicios Espirituales”, nº 23)

Esta sencilla frase con la que San Ignacio de Loyola comienza sus Ejercicios Espirituales nos sirve de punto de partida de nuestra reflexión sobre Espiritualidad y Persona Humana.

Afirma en ella San Ignacio dos verdades básicas. La primera: que **somos criaturas, que ésa es nuestra identidad más radical, más verdadera**. Nuestra identidad no nos la da, como tantas veces pensamos o decimos, lo que hacemos o nuestra profesión (“soy” médico, ingeniero, conductor de autobús, secretaria, ama de casa...); tampoco el grupo al que pertenecemos (“soy” franciscano, hija de la caridad, de comunidades, etc...); ni nuestra ideología o valoración social (“soy” de derechas, o de izquierdas...). Nos la da el amor de Dios creador. Como formula preciosamente Henri J.M. Nouwen: **“Somos los amados de Dios, portadores de la imagen divina, y seres humanos capaces de la gloria y la bondad, así como del dolor y del alejamiento...”** (cfr. “El discernimiento. Cómo leer los signos de la vida diaria”, p. 201).

Esta identidad de criaturas amadas es una identidad asentada en el amor de Dios, que es cierto y constante más allá de nuestras debilidades y limitaciones, y que no está sometido a los vaivenes constantes de las valoraciones humanas, o a la historia de nuestros éxitos o fracasos. Hacer fundamento de nuestra vida el ser criaturas amadas de Dios, es *“edificar sobre roca”* (Mateo 7, 26-27) la casa de nuestra vida y nuestra persona.

Hay una segunda afirmación en el texto ignaciano: en la **relación adecuada de la criatura con el Creador se juega la plenitud de la criatura**, eso que Ignacio llama “salvar el alma”. Cuando la respuesta de la criatura se corresponde al amor del Creador la criatura alcanza su plena realización. Si no fuera así, además de no corresponder adecuadamente al amor del Creador, la criatura se frustra. Es, formulado de otro modo, lo mismo que nos enseña el capítulo 3º del Génesis con la historia de Adán y Eva. “Seréis como dioses” es la tentación: olvidad vuestro ser criaturas y haceos dioses de vosotros mismos: así comienza a frustrarse no sólo el proyecto de Dios, sino la felicidad de la criatura.

La relación adecuada y correcta entre criatura y Creador, esa relación que lleva a plenitud a la persona humana, la concreta San Ignacio en tres verbos, en tres actitudes: **“alabar, hacer reverencia y servir”**. Es la propuesta básica de actitudes que

una espiritualidad cristiana hace a la persona para llegar a su plenitud de persona. Vamos a profundizar y desarrollar el contenido de cada una de esas actitudes, intentando, al mismo tiempo, traducir esa propuesta ignaciana a nuestro propio lenguaje.

1.1. “Alabar”

El “alabar” ignaciano es una actitud honda de constante y permanente agradecimiento al Creador por su amor y por los dones en que ese amor se concreta cada uno de los días de nuestra vida. Se trata no sólo de un agradecimiento puntual sino de una permanente actitud de agradecimiento, como actitud de fondo en la vida de quien sabe que todo le es dado, mucho más al fondo de lo que él mismo capta y mucho más allá de lo que merecemos o creemos merecer. No es, por tanto, sólo un agradecimiento que se expresa en palabras, sino que nace del corazón. El “alabar” ignaciano es vivir agradecidamente.

Esta actitud vital de agradecimiento hondo es una actitud que genera en quien la cuida una profunda y constante alegría interna, más allá del signo de los acontecimientos cotidianos, y una generosa entrega a los demás con quienes la persona agradecida se siente llamada (de un modo muy espontáneo y natural) a compartir todo aquello que es, porque lo vive como don. Un don que no se agota dándose, sino que, por el contrario, crece en la medida en que se entrega y comparte. La actitud vital de alabanza, de agradecimiento, es fuente de felicidad y de fecundidad.

¡Son tantos los motivos de agradecimiento con los que nos encontramos cada día! El propio hecho de “ser”, el amor que recibimos, tantas personas que nos encontramos y que apoyan o dan sentido a nuestra vida, tantos acontecimientos, tantos dones pasados y presentes... La vida, la educación, la fe...

Sin embargo, si somos sinceros, hemos de reconocer que nos cuesta vivir en el agradecimiento. No nos cuesta el agradecimiento puntual, el de la buena educación, pero nos cuesta ese agradecimiento que es actitud constante y de fondo en la vida. Nos descubrimos cantidad de veces quejándonos y lamentándonos porque tal o cual cosa nos ha salido mal, o simplemente no ha dado el resultado que esperábamos, o porque nos falta algo que nos apetece o deseamos mucho (muchas veces una minucia o algo muy secundario) y nos hace olvidar todo lo que tenemos y recibimos. ¡Tantas veces el clima de nuestras comunidades o el fondo de nuestras conversaciones es el de la queja y el lamento! Incluso en comunidades de vida consagrada...

Obviamente, las consecuencias de esa actitud de fondo son las contrarias a las que vimos en el agradecimiento. Tristeza, desazón, amargura en nosotros mismos... y, con respecto a los demás, críticas, envidias, celos, egoísmos... Claramente percibimos la falta de agradecimiento como una actitud equivocada ante el Creador, que lleva a un malestar con uno mismo y a una estéril manera de estar en el mundo y de situarnos ante los demás.

Naturalmente que no todo en la vida nos sale bien, que tenemos motivos de queja porque hay sufrimientos, penalidades, decepciones, fracasos... Son *“los vientos que*

embisten contra la casa” (Mateo 7, 26-27) pero, por fuertes que los vientos sean, el amor del Creador a la criatura que confía en Él, y la confianza de la criatura en el Dios Amor que la ha creado, sostiene la casa.

Una última conclusión para este apartado: si tenemos múltiples y radicales motivos para el agradecimiento pero constatamos que nos cuesta vivir en el agradecimiento no nos queda otra que cuidar el agradecimiento. Y el agradecimiento se cuida con atención y con memoria: atención al paso de Dios cada día (también en los días oscuros...) y memoria de su historia con nosotros. Al igual que el pueblo de Israel, tendemos a olvidar: el olvido es uno de los grandes pecados del pueblo escogido y la llamada a la memoria es una de las grandes llamadas de Dios: *“Acuérdate de esto, Jacob, y tú, Israel, mi siervo. ¡Yo te he formado, tú eres mi siervo, Israel, yo no te olvido! He disipado como niebla tus rebeldías, como un nublado tus pecados. ¡Vuélvete a mí, pues te he rescatado! (Isaías 44, 21-22).*

1.2. “Hacer reverencia”

Esta segunda actitud que propone San Ignacio en la relación entre la criatura y Dios la podemos traducir con fidelidad al pensamiento ignaciano como una actitud básica de **vivir en confianza**. Actitud de quien sabe que el Creador nunca deja de cuidar a las criaturas: *“... pues si Dios viste así a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe” (Mateo 6, 30).*

La criatura se sabe en las manos de Dios, pero sabe algo más: que las manos de Dios son buenas manos, son manos que mueve el amor, son manos que cuidan y que sostienen, son manos en las que nuestra imagen está tatuada (Isaías 49, 16) y por tanto es imposible que la criatura sea olvidada por su Creador.

Esa confianza es, por supuesto, “reverencial”. Es confianza que reconoce la infinita distancia entre el Creador y la criatura y que es capaz de aceptar el misterio insondable de Dios. Un misterio que nos desborda constantemente en sus pensamientos y proyectos (Isaías 55, 8), pero del cual hay algo que sí sabemos y lo sabemos con certeza porque Él mismo lo ha querido revelar: que es un misterio de Amor. Sabemos que es un misterio de Amor aunque muchas veces nos cuesta descubrir cómo ese amor está haciéndose presente y operando en nuestra vida. Pero entre el miedo y la confianza, la criatura sabe que le debe al Creador confianza porque es lo que el amor del Creador merece.

El hacer reverencia ignaciano es reconocer al Creador como Señor: como Señor de la vida y como Señor de la historia, también de mi propia historia, o de la historia de mi vida que El va conduciendo, a veces de modo evidente, a veces de modo misterioso, pero siempre con amor. Hay momentos en que podemos captar sin duda la acción amorosa de Dios en nuestra vida (la “consolación” ignaciana) y hay momentos en que hay más oscuridad que claridad en nuestra percepción, pero no menos presencia de Dios o menos amor en su presencia. Ya lo decía San Ignacio al hablar de la experiencia de “desolación”: *“... el auxilio divino, el cual siempre le queda, aunque claramente no lo sienta...” (Ejercicios Espirituales, nº 320).*

1.3. “Servir”

“Servir” es, a primera vista, la actitud y el verbo que menos explicación o adaptación parece necesitar; sin embargo hay algunas notas de ese “servir” que plantea San Ignacio en el Principio y Fundamento que será bueno recordar.

La primera es que ese “servir” no es otra cosa que respuesta agradecida al amor experimentado. Dicho de otro modo: el servir no es simplemente un imperativo ético (por noble que sea) o una obligación (por importante que parezca). El mejor “servicio” es aquel que nace naturalmente, espontáneamente, desde el fondo del corazón, como respuesta agradecida “*a tanto bien recibido*” (*Ejercicios Espirituales, nº 233*). Cuanto mayor sea mi conciencia de los bienes recibidos, cuando más intenso sea mi agradecimiento, más generoso y gratuito será mi servicio. Y generosidad y gratuidad son características básicas de un servicio que se quiera evangélico. El famoso “magis” (“más”) ignaciano no es fruto del voluntarismo sino del agradecimiento.

Una segunda observación es que en nuestra cultura tendemos a identificar “servir” con “hacer”. ¿Qué hay que hacer? Bueno, pues muchas veces servir no es hacer nada, sino simplemente estar, acompañar, escuchar, hacernos presentes, dejar que el otro haga, orar... Esa deriva del “servir” hacia el “hacer” tiene que ver muchas veces más con nuestro protagonismo que con la necesidad de la otra persona. Obviamente, en muchos momentos servir nos va a pedir hacer cosas; pero en otros momentos servir nos pedirá estudiar, orar, reflexionar... O seguir haciendo las cosas que hacemos pero de otro modo, con otro talante, con otras actitudes...

¿Cuál es criterio para definir como “servicio” aquello que hacemos o que no es acción, pero sí servicio? La respuesta a las necesidades de la otra persona. Servicio no es hacer lo que a mí me parece, o lo que yo tenía previsto, o lo que a mí me gusta, o lo que me permite lucirme o sentirme satisfecho...: servir es responder a las necesidades de la otra persona, ayudar a la otra persona en aquello que necesita. Que a lo mejor es simplemente que la escuche, o que la acompañe, o que pase unas horas junto a ella, o que me sienta unido a su oración... Y el criterio de la verdad y/o bondad de un servicio no es mi satisfacción, sino que la otra persona se haya sentido ayudada...

Con eso ya nos situamos en una tercera clave del servicio, clave necesaria. Es el discernimiento. La pregunta por cuáles son las necesidades de la otra persona y lo que Dios me está pidiendo a través de la contemplación de esas necesidades. El primer e ineludible momento de todo servicio es la escucha: la escucha de la Palabra de Dios a través de todas las mediaciones en las que esa palabra nos llega, y muy especialmente en este caso a través de las necesidades de mis hermanos. Es decir, el servicio tiene necesariamente un primer momento contemplativo. Y es en ese momento contemplativo cuando más se percibe su unidad con las dos actitudes anteriores: la alabanza y la reverencia.

El discernimiento que precede y acompaña al servicio es también el que se pregunta por aquello que yo puedo hacer. Yo que soy limitado y en las concretas circunstancias

en las que me encuentro. Y ayuda a que esa pregunta sea respondida con magnanimidad y generosidad, pero también con humildad y realismo.

Acabo ya la primera parte de esta reflexión con unas palabras a modo de síntesis. La verdad más radical de la persona humana es que es criatura amada de Dios. Y en el ser consecuente con esa verdad, en su relación amorosa con el Creador se juega la persona su plenitud, su felicidad. Una relación adecuada con el Creador que tiene tres elementos básicos: la alabanza o agradecimiento, la reverencia o confianza, el servicio como respuesta agradecida. Hacer de esas tres actitudes las actitudes “básicas”, “fundamentales” de la vida es la propuesta de la espiritualidad cristiana para la plenitud de la persona humana.

2. ¿A dónde vamos?

“... es en la Trinidad donde el concepto de persona obtiene su más alta y misteriosa realización: modelo fascinante e inalcanzable; pero al mismo tiempo, ejemplar supremo en cuya imitación, a infinita distancia, el hombre puede encontrar estímulo para su propio perfeccionamiento, tanto en lo que cada uno es como en las relaciones que mantiene con sus semejantes. Al fin y al cabo, el hombre en cuanto persona ha sido creado por Dios – que es uno en esencia y trino en personas – a su propia imagen y semejanza” (Pedro Arrupe sj: “Inspiración Trinitaria del Carisma Ignaciano”, nº 84)

Estas palabras de uno de los escritos de mayor contenido y significación espiritual del P. Pedro Arrupe apuntan hacia el horizonte al que se dirige toda persona humana: un horizonte bien elevado y sublime, la comunión con el mismo Dios Trinidad. Caminar hacia ese horizonte, crecer en esa dirección, lleva a la persona a su máxima plenitud. La contemplación de la Trinidad, el adentrarnos en su misterio, nos va a ir revelando cuál es nuestra plenitud como personas.

En los Ejercicios Espirituales san Ignacio de Loyola nos ofrece su propia visión de la Trinidad en la contemplación de la Encarnación. Nos describe gráficamente

“... cómo las tres personas divinas miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres, y cómo viendo que todos descendían al infierno, se determina en la su eternidad que la segunda persona se haga hombre para salvar el género humano” (San Ignacio de Loyola, “Ejercicios Espirituales”, nº 102)

Dos características básicas tiene esta presentación ignaciana de la Trinidad, características que, por otra parte, son comunes y compartidas por toda la teología trinitaria: la comunión interna de las tres personas divinas y su acción salvadora hacia la humanidad.

“Cada una de las personas no es en sí ni se pertenece en sí misma sino en cuanto se refiere y se da toda entera a las otras dos simultáneamente. El ser de cada una de las tres personas es puro y completo éxtasis (es decir: salir fuera, darse), impulso vital hacia las otras dos. Se verifica de este modo la circuminsesión, esto es, el misterio en virtud del cual por la unidad de esencia en cada una de las tres divinas personas están

las otras dos. La interioridad de las relaciones se verifica en un misterio de intimidad. Las personas son tres, y sin confundirse, se compenetran hasta lo más íntimo de sí mismas, puesto que su persona es 'extática', con don total de sí y apertura total y completa a las otras dos" (Pedro Arrupe sj "Inspiración Trinitaria del Carisma Ignaciano, nº 86)

Si éste es el modo de ser hacia el que tiende la persona humana para llegar a su plenitud, la consecuencia es bien clara: la persona humana llega a plenitud dándose, entregándose, buscando la mayor comunión con las demás personas. Así lo proclamó claramente la Constitución Pastoral "Gaudium et Spes" del Concilio Vaticano II:

"Más aún, cuando Cristo nuestro Señor ruega al Padre 'que todos sean una misma cosa... como nosotros lo somos' (Juan 17, 21-22), desplegando una perspectiva inaccesible a la razón humana, insinúa una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y caridad. Esta semejanza pone de manifiesto cómo el hombre, que es en la tierra la única creatura que Dios ha querido por sí misma, no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino por el sincero don de sí mismo" (Constitución Pastoral Gaudium et Spes, nº 24)

Estamos llamados a darnos para llegar a plenitud, a ser "personas para los demás". Y eso no es simplemente una consideración sociológica ni un imperativo ético, sino la conformidad con nuestro más elevado destino, el modo más seguro de llegar a él.

La segunda nota de la Trinidad tal como Ignacio la contempla y se la presenta al ejercitante es la misericordia, la compasión. Una Trinidad que mira hacia afuera, que mira compasivamente el deterioro y el sufrimiento de la humanidad y decide intervenir para salvarla. Una intervención que es una decisión comunitaria de las tres personas de la Trinidad que se lleva a cabo por la entrega del Hijo, fiel a la voluntad del Padre y con la fuerza del Espíritu. Es la Trinidad "ad extra".

El Papa Francisco en su bula "Misericordiae Vultus" subraya reiteradamente ese ser compasivo y misericordioso del Dios-Trinidad:

"Dios será siempre para la humanidad como Aquel que está presente, cercano, providente, santo y misericordioso..." (nº 6)

"Con la mirada fija en Jesús y en su rostro misericordioso podemos percibir el amor de la Santísima Trinidad. La misión que Jesús ha recibido del Padre ha sido la de revelar el misterio del amor divino en plenitud..." (nº 8)

Ser misericordiosos y compasivos, al modo de Dios, lleva también a la persona humana a su plenitud. La compasión no es una virtud más entre otras: es participación en el mismo ser de Dios y, por ello, nota esencial de cualquier persona humana que quiera configurarse al modo de Dios. La compasión no sólo ayuda a la "salvación" de aquellos a quienes se dirige, sino que "salva" a quien la vive y practica.

Una espiritualidad cristiana de la persona humana nos propone como actitudes básicas ante Dios el agradecimiento, la confianza y el servicio y como actitudes fundamentales ante los hermanos la comunión y la compasión. Todo ello es para la persona camino y horizonte de plenitud.